6212

JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

LA LEYENDA DEL YERMO

Poema dramático en un acto

YERMO

250727

Para Miguel Muñoz
con toda mi admiración
mi cariño

LA LEYENDA DEL YERMO

250727

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por su autor.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45 — BARCELONA

LA LEYENDA DEL YERMO

POEMA DRAMATICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA (HIJO)

Estrenado con gran éxito en Madrid,

en el año 1915

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

15, Barbará, 15.

1916

Dedicatoria

A don Miguel Moya, ofrenda modesta de admiración y gratitud.

EL AUTOR

REPARTO

Personajes	Actores
LA MADRE.	Srta. Delgado Caro.
LA JOVEN.	» Echevarría.
LA ABUELA.	Sra. Espejo.
EL PADRE.	Sr. Rodríguez de la Vega
EL PEREGRINO.	» Calverá.
EL NIÑO.	N. N.

NOTA.—Los párrafos cerrados por asterisco se suprimirán en la representación.

ACTO ÚNICO

Interior de una vivienda pobre, muy pobre. Al fondo portón grande, cerrado al comienzo de la representación. A su izquierda una ventana de rotas cristaleras; es ancha y levanta del suelo un metro y medio. Tras ella, completamente visible, la silueta de una cruz de madera, bañada por la plateada luz de la luna de una noche invernal. A la derecha de la puerta cuelga de la pared un hacha y una jaula de alambres con un pájaro dentro.—En el lateral izquierdo, hogar, de ancha campana, apagado. No hay sillas. Un banco de piedra, un guardacantón y el escalón del hogar son únicos asientos. La decoración, desoladora y lúgubre, está alumbrada por un velón de aceite.—Se oye rugir el viento que produce el agudo silbido del fustigar de un látigo. A un empuje la cruz se bambolea. Parecen sus extremidades las de un fantasma que demanda socorro, las alas de un pájaro inútilmente abiertas para el vuelo; de cerca es viejo icono moribundo que se empeña en no caer y abre los brazos para guardar el equilibrio; muñeco caprichoso que hace piruetas ante la naturaleza impasible; anciana virgen, ofreciendo el cuerpo esquelético a los deleites y caricias de un fauno de quimera.—LA MADRE está sentada en primer término del escalón del hogar. Es una mujer envejecida por el ayuno; no posee las curvas tentadoras del sexo femenino; su cuerpo es escuálido, sus mejillas y sus ojos hundidos, sarmentosas sus manos; los cabellos mugrientos caen en greñas contra su cara.—EL PADRE mira por la ventana; tiene la piel curtida por el sol y los vientos, arqueada la espalda hacia la tierra, sin cortar la pelambre del rostro. Tanto la madre como él, tocan en los cuarenta y cinco años.—LA ABUELA, sentada a la derecha, repasa las cuentas de un rosario. Es un esqueleto cubierto de pergamino; en la expresión del rostro tiene algo de

lechuza.—LA JOVEN y EL NIÑO duermen al suelo sobre un montón de trapos extendidos en primer término a la derecha. La joven es el prototipo de la tísica, a consecuencia de la miseria; su respiración es fatigosa; de cuando en cuando tiembla con escalofríos de fiebre; a veces, una tos seca, desgarrada, sale de su pecho. El niño muestra por los girones de su ropa huesos en punta y pedazos anémicos de carne.—Estos seres, dentro de la miserable mansión, en medio de la llanura, bajo el inmenso firmamento, son personajes de la tragedia humana que, con el título de «Los desposcídos», se escribirá algún día en el libro de la historia con gotas o con ríos de sangre.

ACCION

(Hay un silencio doloroso y cruel, en el que sólo se oyen castañeteos de dientes y tiritar de cuerpos.)

PADRE ¿Dices que ayer vinieron lobos?

MADRE Vinieron.

PADRE Los ojos del miedo os los harían ver. ¡Sois tan medrosas... !

ABUELA (Levantando los ojos del rosario.) *El miedo guarda la viña*; ya es difícil que el que tenga miedo de algo no sepa guardarse... Aullar sentí yo a los lobos en los alrededores de la casa.

MADRE Y con las uñas arañaron la puerta.

ABUELA A la ventana me asomé y víles pasar como sombras. Sus ojos eran carbones encendidos. Parecían demonios escapados del infierno.

MADRE (Señalando detrás del banco de la derecha donde se supone que duerme un perro.) Mira el perro que tranquilo duerme esta noche. Pues ayer era mismamente una fiera. Ladraba sin que pudiéramos hacerle callar... Husmeaba las rendijas de la puerta y gruñía...

ABUELA En este desierto en que vivimos el aullido del lobo parece que se agranda. El niño le oía y lloraba el pobre tal que si se sintiese apresado por la fiera.

PADRE Acaso alguna zorra.

MADRE ¿A qué habían de llegarse aquí las zorras? No hay ni palomar ni gallinero. Eran lobos. Echólos el hambre hacia la casa.

PADRE ¡El hambre! Razón es que el lobo busque de comer cuando el hambre le acosa. ¡Peores que lobos debiéramos ser los hombres!

MADRE Calla, Juan; hoy comimos.

PADRE Comimos, sí, cominos. Gracias a la abuela que anduvo las tres leguas largas que nos separan del pueblo y pidió limosna todo el día y trajo unos mendrugos.

*ABUELA Trabajo me costó conseguirlos. También
*hay hambre en el pueblo. Se han helao
*los campos... Cuando me acercaba a
*pedir a las gentes, me contestaban gru-
*ñendo. Uno dióme un empujón que casi
*me echa a tierra... Le insulté y ¡para
*que lo hice, santa Virgen! Dióse a gri-
*tar, y de pronto me ví rodeada de chi-
*cuelos... ¡Los indinos! El uno decía:
*«¿Dónde dejó la escoba que la trajo
*por el aire?» El otro: «¡Váyase, abue-
*la, que dice el señor cura que cuando
*viene usted al pueblo desaparece el acei-
*te de las lamparillas de la Virgen.»
*¡Malos diablos los lleven! ¡Y qué des-
*cansadas se quedarían sus madres al
*echarlos al mundo! Menos mal que la
*Gila es caritativa y dióme los mendru-
*gos de que hablabas.

PADRE A no ser por ello nada habríamos comido hoy. Ya se acabó la carretera. Ya no hacen falta azadones que caven, ni brazos que manejen esos azadones. Ahora,

a esperar que en el pueblo me necesiten para algo. ¡A esperar!... ¡A esperar!... (Desesperado.)

MADRE Si que es perra la vida.

PADRE Antes siquiera comíamos caliente. Yo trabajaba. No faltaban los seis reales diarios que, unidos a lo que la abuela pedía, eran lo bastante. Hoy, ya lo ves, falta la comida y falta el fuego.

MADRE Y el frío aprieta cada vez más.

ABUELA Castañuelas parecen mis dientes.

MADRE Y la hija, nuestra hija enferma... Mírala; más flaca ca día, con los ojos ca día más hundíos, y esa tos ronca, seca, que se me clava en las entrañas.

ABUELA El niño tirita.

MADRE ¡Los pobres!... (Los contempla en silencio. Se levanta y se dirige lentamente hacia ellos.)

PADRE ¿Dónde ir a buscar leña...? Con esta noche no se puede tomar el camino del pueblo. Por aquí no hay ni un árbol, ni una mata... (Abre la puerta y extiende la mirada. La obscuridad es intensa. La cruz se mece. Una ráfaga de viento helado penetra en la casa haciendo estremecer a sus habitadores.)

ABUELA ¡Cierra, Juan, cierra!... Toos los demonios se han desatao esta noche.

MADRE (Que ha llegado al rincón donde los niños se ovillan el uno con el otro.) ¡Los pobres! ¿Dormís, hijucos?

NIÑO MAYOR No puedo, madre; tengo mucho frío. Además, Juana no hace más que moverse y no me deja dormir.

LA JOVEN ¡Madre!... (Quiere decir algo, pero, al abrir la boca, sus mandíbulas tiemblan castañeteando los dientes. Este temblor rompe las palabras, convirtiéndolas en balbuceos.) ¡Madr... madr...! (Y sigue tiritando.)

PADRE (Después de cerrar la puerta.) ¡Nada! Si al menos hubiese alguna casa donde pedir un poco de leña... Pero en tres leguas a la

redonda no hay más casa que esta... (Mirando al foro.) Esa puerta...

MADRE — No, Juan. Entraría el viento.

PADRE — Llevas razón. ¿A quién implorar calor? Solo nosotros vivimos en el yermo. ¡Quema el sol demasiao en el verano, y en el invierno se mete el frío hasta los huesos!

MADRE — Si viviésemos más cerca del poblado...

PADRE — En él vivíamos y de él tuvimos que marchar. Allí había que pagar la habitación. Gracias que pude hacer aquí esta choza. Nadie vino a preguntarme por qué ocupaba este cacho de tierra. Como en el yermo a poco que se ahonde con la azada solo salen pedruscos, desprecian este terreno los labradores. Solo sirve para nosotros...

ABUELA — Y para los lobos...

PADRE — Para los lobos porque estamos nosotros. (Se hace el silencio.)

EL NIÑO — (A la joven.) No te muevas tanto.

LA JOVEN — Si... es... que... tiem... tiem... blo...

EL NIÑO — ¡Pues no tiembles!

LA JOVEN — Sin ...que... rer... es... es... es..: (Sigue balbuceando. La choza cruje a los violentos azotes del viento.)

ABUELA — A gusto corre el huracán. Como silba el maldito.

MADRE — Desde anoche no para, y, anoche, era más fuerte.

*ABUELA — Buen susto llevéme por su culpa.

*PADRE — ¿Qué fué?

*ABUELA — Después del miedo que me dieron los lo-
*bos no podía quedarme dormida. Al alba
*cabeceaba un poco el sueño, cuando de
*pronto sentí un ruido muy grande...
*Creí que se venía abajo la techumbre...

*PADRE — ¿Y qué era?

*ABUELA — La chimenea que la había arrancao el
*aire, y rodaba, rodaba... Allá fuera la
*tienes, tirada en la cuneta del camino.

*MADRE — También sintióla mi hijo Pedro.

ABUELA Buen grito fué el que dió el rapaz. Más tarde calmóse un poco el viento. Esa calma fué la que yo aproveché para ir a la aldea.

PADRE También la aproveché yo para venir. *al yermo. Buscando trabajo se me hizo *noche en la aldea. Como el tiempo era *tan remalo y sabía que vosotros está-*bais seguros, quedéme durmiendo sobre *una mesa de la posá. Si llégo a figurar-*me que habían de venir lobos, aquí me *planto.

*MADRE Mal hubieras hecho, Juan. Con la puerta *cerrada no había cuidao ninguno. Cuan-*do se cansaron de andar en derredor *de la casa, y de arañar la puerta, y *de aullar como si fueran de otro mun-*do, se marcharon.* ¿Qué le pasa a Juana?

PADRE Nada.

MADRE Me asusté. Se ha movido de un modo...

PADRE Ahora duerme.

MADRE Esta hija está muy mala, Juan... ¡Muy mala! (Llora en silencio. El niño y la joven duermen. La abuela da cabezadas.)

PADRE Ya duerme mi madre... Los chicos parece que se tranquilizaron un poco.

MADRE ¡Hijos míos!...

PADRE ¿Qué te pasa? ¿Lloras?...

MADRE ¡Hijos míos!

*PADRE Tienes razón...

*MADRE Nada dije.

*PADRE Lo bastante. En ese «¡Hijos míos!» *dijiste mucho ya.

*MADRE No te comprendo.

PADRE Yo a ti sí. ¿Para qué vinieron al mundo? Para sufrir. Para pasar hambre. Para tostarse en verano bajo un sol implacáble; para tiritar en invierno al entumecerse sus carnes por un frío más implacable todavía... Y nosotros viéndolo sin poder remediarlo.

MADRE ¡Mucho mal debemos haber hecho en la vida para pagarlo de esta forma!

PADRE Tal vez lo hicimos... No lo recuerdo, pero tal vez lo hicimos. Mas ¿y ellos? ¿Qué han hecho ellos? Vivir... y vivir por culpa nuestra.

MADRE ¿Por nuestra culpa?

PADRE Sí. No sé explicar bien lo que siento, mas oye. Los que viven como nosotros no debieran tener hijos. La mujer y el hombre que están condenados a la miseria, no debieran unirse.

MADRE ¿Y qué sabíamos nosotros? Cuando nos conocimos tú trabajabas... Cuando nos conocimos... ¿Te acuerdas?

PADRE ¿Qué si me acuerdo? ¿Qué felices éramos entonces... Dejaba yo el pico cuando el trabajo terminaba y corría a buscarte *y nos íbamos a pasear por fuera del *pueblo. Por las noches, tú, en tu casa, *detrás de la reja, yo en la calle y en la *reja apoyado... Hablábamos mucho... *¿Qué hablábamos?

*MADRE ¿Qué sé yo? Tonterías.

*PADRE Y pasó el tiempo, y entré yo en tu casa, *y le hablé a tus padres. Pensamos en *casarnos, en la felicidad que nos espe*raba, en querernos mucho, mucho... *más de lo que éntonces nos queríamos.

*MADRE ¡Nos queríamos ya tanto!

*PADRE En cuanto acababa yo de cenar, iba a *verte. Tu madre rezaba como siempre, *como rezaba la mía hace un momento, *con el rosario entre las manos.* Una noche... ¿Te acuerdas?

MADRE (Como si evocase un recuerdo grato.) La noche aquella...

PADRE Era del mes de mayo... Tú y yo estábamos junto a la ventana... La luna, desde el cielo, parecía mirarnos... Nosotros hablábamos... Tu madre se quedó dormi-

da... Nosotros seguíamos hablando... ¿Qué nos decíamos?

MADRE ¿Qué sé yo? Tontorías...

PADRE Los mozos y las mozas se retiraban de la plaza, donde habían estao bailando toda la tarde... Vestían el traje de domingo... Porque era domingo, ¿verdad?

MADRE Sí; creo que era domingo.

PADRE A lo lejos se escuchaba una voz que cantaba... ¿Cómo decía la copla?

MADRE La copla aquella... ¡Ah! Sí. Decía:

Cree el mozo que le quiero
porque al mirarle suspiro;
soy más pícara que hermosa
y no me lo ha conocido.

PADRE Tú te sonreíste, yo, sin saber por qué, me entristecí... Temía que fueses tú la de la copla... La voz cantó otra vez:

Juramentos de los hombres
a golondrinas semejan...
En verano hacen los nidos,
pero en invierno los dejan.

MADRE Entonces eras tú el que sonreías y yo la que me puse triste.

PADRE Apartaste tus manos de las mías... Los dos no quedamos muy callaos... Yo sentí... No sé lo qué sentí... Volví a cogerte una mano..., luego otra...

MADRE *Yo te dejaba hacer... La voz se alejaba *y volvimos a no poder entender lo que *decía.

PADRE *Yo quise preguntarte algo y acerqué mi *cara a la tuya y, al ir a hablar, las pala*bras se me quedaron como atravesadas *en la garganta... Y me acerqué más y *tú...

MADRE Yo, sentía una cosa muy rara... Me da-

bas miedo y, sin embargo, deseaba que te acercases más, más...

PADRE Y lo hice, y te apreté las manos mucho, mucho y te di un beso...

MADRE ¡El primero!

PADRE El primero, sí... ¡Ojalá no nos lo hubiésemos dado nunca! Nos casamos. Tú querías un hijo... ¡Tú lo querías!... ¡Tú tuviste la culpa!

MADRE También lo querías tú.

PADRE *También tuve la culpa yo. Un día me *dijiste: ¿Sabes?... Parece que... No aca-*baste de hablar... Te pusiste muy colo-*rada. Yo comprendí lo que querías de-*cirme y sentí una alegría muy grande y *te di muchos besos; la mitad eran para *aquello que te avergonzaba tanto nom-*brar. Yo quería que fuese niña y que se *pareciese a ti...»

MADRE *Yo quería todo lo contrario.

PADRE Vino la hija.

MADRE (Mirando a la joven.) ¡Mi Juanita!

PADRE Yo seguía trabajando... Un día el trabajo acabó. Vino la miseria... Murieron tus padres... La casa en que vivíamos en el pueblo había que pagarla... No teníamos pan que llevar a la boca y había que pagar la casa. Nos iban a echar de ella... ¿Qué hacer?... Lo que hicimos: levantar esta choza aquí, en el yermo, y venirnos a ella con mi madre y nuestra hija. Comenzaron las obras de la carretera y trabajé otra vez. Ganaba poco, pero con ello y con la ayuda de mi madre, vivíamos. Pasó el tiempo. Entonces medijiste, *ya *sin ponerte colorada,* que íbamos a tener otro hijo. Yo no lo deseaba... Yo no tuve la culpa.

MADRE Tampoco lo deseaba yo.

PADRE Tampoco tuviste la culpa tú. Lo esperamos, pero no con la alegría que habíamos esperado al otro; lo esperamos con la tris-

teza de que el pan escaseaba cuando una nueva boca no tardaría en pedirlo. Y vino el hijo.

MADRE (Mirando al niño.) Mi Pedro.

PADRE ...Y empezó a enfermar nuestra hija. No podíamos darla lo que necesitaba, y ca vez más enferma... ¡Ca vez más enferma...!

MADRE (Sollozando.) ¡Hija mía! (La joven tose.)

PADRE ¡Después!... ¡Después!... ¡Cómo ruge el viento! ¡Cuánto frío hace! (Se levanta desesperado. La madre llora. La abuela sigue cabeceando. El niño se mueve. Hay una pausa grande.)

LA JOVEN (Al niño.) Ahora eres tú el que no te estás quieto.

EL NIÑO ¡Tengo mucho frío!

MADRE ¡Hijos! ¡Hijos! (Cogiendo al niño.) Ven, Pedrín; tal vez en mis brazos estés mejor. Ven. (Le acuesta en sus rodillas y llora.) ¡Duerme, hijo, duerme!

EL NIÑO Madre... Canta, cántame algo... Cuando me cantas, duermo...

MADRE ¿Cantar yo?

PADRE No llores mujer...

EL NIÑO Canta, madre...

MADRE Lo haré para que duermas... (Empieza a cantar con la voz ahogada por el llanto.)

*A la nana, nana,
*chiquitito mío...

¡No puedo! (Dolorosamente.)

*Ya no tiene hambre,
*ya no tiene frío...

EL NIÑO ¡Me hielo! ¡Me hielo!

MADRE Duerme, hijo, duerme... (Rompe en sollozos, mientras el niño tiembla entre sus brazos.)

PADRE ¡Oh! ¡Esto es horrible! Mujer... mujer... ¡Hijo!... ¿Dónde hallaros calor! Tal vez pueda encontrar algunas matas secas. (Se dirige a la puerta y la abre.)

MADRE ¿Dónde vas?

PADRE A dar una vuelta por los alrededores de la casa. Puede que alguna rama...

MADRE No salgas, Juan.

PADRE Hay que darles calor a los hijos.

MADRE ¿Y si el lobo...?

PADRE El lobo no baja esta noche.

MADRE Que salga contigo León, si piensas alejarte.

PADRE Me alejaré poco. ¡León! (Llama hacia el sitio donde se supone que está el perro.) ¡León!

MADRE No quiere salir. Cógele hasta que cierres. (El padre se dirige detrás del banco y saca al perro cogido del cuello. Al salir.) ¡Qué noche más horrible! (Sale y cierra.)

EL NIÑO ¡Madre! Canta...

MADRE No puedo, hijo, no puedo. (Llorando.) ¡Pobres de nosotros!

LA JOVEN (Al ver llorar a su madre la contempla como no comprendiendo y dice.) ¡Madre! ¡Madre! (La madre no contesta. La joven se levanta y llega junto a ella.) ¡Madre!

MADRE (Apretándola contra su pecho.) ¡Hija! (Solloza más fuerte. De pronto se oye cerca de la casa el aullido prolongado del perro. La abuela despierta sobresaltada.)

LA JOVEN ¡Los lobos, madre!

MADRE Es León que tiene frío.

ABUELA Aulló el perro. *Cuando el perro aulla muerte segura.* *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado... (Sigue rezando por lo bajo.)*

LA JOVEN ¿Y cómo está León fuera de casa?

MADRE Salió con padre...

ABUELA ¿Pero Juan está loco? Salir con esta noche.

MADRE Ha ido a ver si encontraba algo de leña...

ABUELA ¿Leña? Dios la dé. *(Vuelve a escucharse más *lejano el aullido del perro. La vieja se estremece.) *¡Otra vez el perro... así en la tierra co*mo en el cielo... (Sigue murmurando.)

LA JOVEN (De la pared del fondo descuelga la jaula.) ¡Mi jilguero, mi pobre jilguero, va a morirse de

frío. (Mete la mano dentro de la jaula y saca el pájaro.) Tiembla como si fuese una persona. Aguarda, pobruco; del cacho de pan que me dieron te guardé unas migajas. A ver si comiendo se te quita ese frío... (De entre sus ropas saca unas migas de pan; toma asiento en la tierra y se dispone a dar de comer al jilguero.) Toma... Abre el pico... Condenao, abre el pico... (Pausa.) Traga, tonto, traga. (En silencio prosigue dando de comer al pájaro.)

ABUELA Parece que ya no aulla el perro. Tengo las manos agarrotás de frio.

MADRE Igual me pasa a mí. Cogí a Pedrín para darle calor... ¿Qué calor voy a darle? (A la joven.) Y a ti, ¿qué te pasa? Estás amoratá. ¿Qué tienes?

LA JOVEN Frío, madre. Y el jilguero no come y tampoco deja de temblar. Lo meteré junto a mi pecho; tal vez esté mejor. (Mete el pájaro en el pecho.)

MADRE ¿Y tú? A ver. Ven. Dame la mano. ¿Dices que tienes frío?

LA JOVEN Mucho.

MADRE Si estás ardiendo.

ABUELA Esta noche no vienen los lobos.

MADRE Acaso hoy bajen al pueblo.

ABUELA Cuando oí aullar a León creí que ya los teníamos aquí... El aullido del perro me hace estremecer. Ten por seguro que predice una muerte. Cuando le sientas echa unas lágrimas y reza una oración porque un alma va a subir a los cielos.

LA JOVEN Brujerías...

ABUELA No son brujerías. La noche antes de morir mi padre aullaba el perro como si estuviera endemoniao. Aullando empujó la puerta de la casa y mi padre comenzó a agonizar. Paecía que, con el perro, había entrao la muerte. (El viento se calma unos instantes. Pausa. ¿Oyes...? (Amedrentada. Quedan escuchando.)

MADRE Acaso el aire...

*ABUELA Acaso... (Los brazos de la vieja se extienden como *si quisieren detener a algún ser invisible.) ¿Por *qué aullaría el perro? (La superstición se extiende por el ambiente.) No es el aire. ¿Oyes? También sentí esos pasos la noche aquella.

MADRE No es el aire. Será Juan. (Siguen escuchando. Pausa.) Nada ya...

ABUELA (Escuchando.) Nada. Igual que aquella noche. (De pronto suenan tres golpes fuertes, violentos, en la puerta. Todos se miran sorprendidos.)

EL NIÑO ¿Llamaron?

ABUELA ¿Llaman? Juan no es. No es ese su llamar.

MADRE ¿Quién podrá ser? (Vuelven a sonar otros tres golpes, más fuertes, más violentos.)

LA JOVEN Tengo miedo.

UNA VOZ FUERA ¡Ha de la casa!

ABUELA Es un hombre.

UNA VOZ FUERA ¡Ha de la casa!

MADRE ¿Quién es?

UNA VOZ FUERA Un peregrino. Abran por compasión.

MADRE ¿Qué hago?

ABUELA Abre.

(La madre abre la puerta; en el umbral aparece «el Peregrino». Es bajo de estatura y delgado de cuerpo. La cabellera, blanca y sin cortar, cae en mechones despeinados; las barbas, grises y luengas, descienden a su pecho enmarañadas. Su piel tiene broncíneas tonalidades. La boca es dendentada y sumida. El rostro arrugado. Sin embargo, este personaje no debe ser muy anciano; su expresión es la de un hombre envejecido por largos años de sufrimiento y de trabajo, por seguidas noches de desvélo y de llanto, por el tormento continuo de una conciencia implacable que acusa, de un remordimiento que envenena, de un pensamiento que el olvido se empeña en alejar, cuando está para siempre grabado en el recuerdo. Los ojos miran con vaguedad y cansancio. De sus ropas cuelgan rosarios de conchas y de huesos que, al chocar, producen extraños ruidos. Medallas de tres colores: oro, cobre y plata, van entre los rosarios y tiemblan como si tuviesen frío. También

el viejo tiembla. Al andar, arrastra el pie derecho tal que si una cadena de eslabones pesados estuviese soldada en el tobillo. Los niños se aprietan medrosos contra la madre. Todos ponen la vista en el extravagante personaje. La madre cierra la puerta, frente a la que sigue meciéndose la cruz.)

PEREGRI. ¡A la paz de Dios! Págueles la buena obra Nuestra Señora del Amparo.

MADRE Pase, hermano peregrino. ¿Cómo a estas horas por el yermo?

PEREGRI. Salí del pueblo siendo tarde, con intención de llegar al otro antes de la noche. Dejé la carretera y tomé un camino, dejé el camino y tomé un atajo; perdíme, y, como la noche está tan obscura no pude volver a encontrar la carretera. He dado muchas vueltas por el yermo. Vi desde lejos la luz que salía por esa ventana y aquí me tienen. Vengo helado. ¿No pueden darme un poco de calor?

MADRE ¿Calor? En esta casa no hay calor, hermano; el hogar está falto de leña como el saco está falto de pan.

PEREGRI. ¿Pan? Traigo yo un poco en mi zurrón. (Al niño.) ¿Quieres, rapaz?

EL NIÑO Sí.

PEREGRI. (Saca del zurrón un trozo de pan negro.) Toma.

ABUELA Da las gracias, Pedrín. (El niño no hace caso. Come.)

PEREGRI. ¿Y la rapaza?

MADRE (A la joven.) ¿Quieres pan, Juana?

LA JOVEN Quiero calor.

MADRE ¡Pobre hija!

PEREGRI. Toma mi manta y arrópate. (Deslía la manta de su cuerpo y se la entrega a la madre.)

ABUELA ¿A dónde marcha, hermano peregrino?

PEREGRI. A Compostela.

MADRE ¿A pie y sin dinero?

PEREGRI. Sin dinero y a pie. Camino adelante, siempre adelante *con nubes y con sol, con llu-
*vias y con nieve. Pido limosna en los
*pueblos porque paso; en el monte bebo

*agua en los manantiales, en el llano cal-
mo mi sed en los arroyos... A veces, los pastores me ofrecen leche del ganado y me dejan pasar la noche en el aprisco... Otros me tiran piedras con la honda, tal que si fuese una alimaña y me azuzan los perros como si se tratase de un lobo. *En
*las aldeas pasa lo mismo; en unas me
*reciben como se debe recibir a todo fo-
*rastero, en otras me insultan y me echan
*igual que a un gitano que intentase ro-
barles.

ABUELA Y ¿qué hace el hermano peregrino entonces

PEREGRI. A los que me tratan mal, ¿qué voy a hacer si no perdonarlos? A los que me reciben bien págoles con advertencias y consejos. También les digo muchas cosas que sé y que son necesarias.

MADRE ¿Qué es ello?

PEREGRI. Conozco las hierbas que curan muchos males del cuerpo, las calenturas, el mal de ojo, las heridas... Sé cual es la que absorve el veneno de la picadura del alacrán, y el mordisco del perro rabioso. Sé oraciones que echan los demonios del cuerpo de todo aquel que esté por ellos poseído... Sé, para las casadas, la que han de rezar cuando quieran hijos y, para las solteras, la que han de decir cuando deseen novio. Llevo amuletos para el que es despreciado y ansía ser querido; sé romances de guerras y bandidos, sé... No acabaría nunca de decir lo qué sé.

MADRE ¿Por qué es su peregrinación?

PEREGRI. Por una promesa. He prometido a la Santísima Virgen ir hasta Compostela de este modo, contándole a todo el mundo del sitio de donde vengo para sentir la vergüenza de ver que me desprecian y me huyen... Este sacrificio lavará mi culpa.

MADRE ¿Que le desprecian y le huyen? ¿De dónde viene, hermano?

*PEREGRI. Del sitio donde más se sufre.

*ABUELA Se sufre tanto en todas partes que no es *fácil saber cuál es el sitio donde se sufre *más.

*PEREGRI. En el sitio de donde yo vengo.

*ABUELA ¿Cuál es?

PEREGRI. De presidio. (A este nombre sigue un movimiento de terror en la abuela y en la madre. Las dos contemplan al desgraciado con una mirada de miedo y de curiosidad.)

MADRE ¡De presidio... ! ¿Y por qué estuvo en él?

PEREGRI. Por una muerte...

MADRE ¿Mató a un hombre?

PEREGRI. A una mujer. La quería mucho. Me quedé en la miseria... Tuve que matarla... Fuí preso... En los patios del presidio, en los calabozos obscuros perdí mi juventud. Hice mal en matarla, porque yo no podía vivir sin ella... Yo no pensaba más que en que había matado al único ser a quien quería en el mundo, en que iba a salir del presidio y no la encontraría... El cura del presidio, que era muy bueno, me dijo que si no la encontraba en esta vida, arrepintiéndome la encontraría en la otra. Le creí, le creo, trato de depurar mi alma e hice la promesa de ir a Compostela, imponiéndome el sacrificio de decirle a todo el mundo de dónde vengo para que me maltraten y desprecien. Bien lo hacen. Dios perdona al arrepentido, pero los hombres no perdonan nunca. Esta es mi historia. Voy a Compostela por ella, estoy aquí por ella, vivo por ella; esta es mi historia, esta es mi vida, porque mi vida es ella.

MADRE ¡Desgraciado!

PEREGRI. Donde veo una cruz rezo. Ante esa cruz de madera he rezado. Y, dígame, buena mujer, ¿quién puso ahí esa cruz?

ABUELA — La gente del pueblo. Dicen que, hace ya tiempo, se reunían las brujas aquí, en el centro del yermo y, en las noches de tormenta, llamaban a los rayos que mataban a todo el que pasaba. Entonces decidieron los del pueblo poner ahí esa cruz para espantarlas; por eso la llaman *la cruz espantabrujas*...

PEREGRI. — ¿Y las brujas?

ABUELA — Dicen que ya no han vuelto. Los rayos han seguido cayendo.

PEREGRI. — Es extraño que, siendo de madera, no se caiga con estos huracanes.

MADRE — No deja de moverse. Mírela. Parece que está viva.

ABUELA — ¿Está cojo el hermano peregrino?

PEREGRI. — Es la cadena de blancas, la maldita cadena que aun parece que la llevo arrastrando. (Hácese el silencio.)

LA JOVEN — Moriráse el jilguero... Mírale madre; acurrucadico en mi pecho tirita... ¡No quiero que se muera!

PEREGRI. — Querrá Dios.

LA JOVEN — Si Dios me mata mi jilguero, Dios debe ser muy malo.

PEREGRI. — Calla rapaza...

LA JOVEN — Yo ca vez tengo más frío; ni la manta me hace entrar en calor.

MADRE — Si Dios también quisiere que... ¡Oh! ¡Maldito Dios entonces!

PEREGRI. — No blasfeme, hermana. Si Dios quisiese eso en el cielo se la guardaría para que allí la viera, como a la otra me la está guardando para que yo la encuentre. (Se oye aullar el perro.)

ABUELA — Otra vez aulla el perro...

MADRE — Ya vuelve Juan... ¿Traerá leña?

*ABUELA — Padre nuestro que estás en los cielos... (Llaman a la puerta.)

MADRE — ¿Eres tú, Juan?

PADRE — (Afuera.) Yo soy. Abre... (La mujer abre.)

ABUELA ...Santificado, sea tu nombre... (Sigue murmurando.)

PADRE (Aparece en la puerta amoratado por el frío y seguido del perro... Su mujer le mira y él dice dolorosamente.) ¿Qué me miras?... Nada... Ni una mata, ni una rama... Nada...

MADRE ¡Es horrible!

ABUELA Aquí tienes un peregrino, Juan. Perdióse y nos ha pedido albergue por esta noche.

PADRE Bienvenido sea y bien hicisteis en dárselo.

PEREGRI. Dios se lo pague.

PADRE Sólo estas paredes podemos ofrecerle... ¿Qué haces, Juana?

LA JOVEN Mi pájaro que se muere de frío.

MADRE (Al padre.) Oye... Mira tu hija... Su carne está morada... No hace más que temblar... ¡Está muy mala!... ¡Muy mala!...

PADRE ¡Maldita noche! ¡No hay en la llanura nada que pueda dar calor a vuestros cuerpos!... ¡Nada!

PEREGRI. ¡Pobre rapaza! (Coge una mano de la joven.) Parece la manó de la muerte...

PADRE ¿Qué dice?...

ABUELA El perro aullaba...

PADRE ¡La muerte!... Y yo, sin poder darla lo que necesita... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

PEREGRI. Rezar...

ABUELA Rezar, sí. Tal vez Dios se apiade de nosotros.

PADRE Dios nos olvida...

PEREGRI. ¡Desdichado! Recemos.

PADRE ¿Rezar?... Es inútil rezar. Por mucho que recemos no saldrán árboles en la llanura...

PEREGRI. ¿No tiene fe en Dios?

PADRE ¿Tener fe en Dios?... ¡Mis hijos se me mueren de frío!

ABUELA Juan... No blasfemes.

PADRE ¿Dónde encontrar fuego? (Desesperado hunde la cabeza entre las manos, ensimismándose, buscando una idea que le pueda guiar a la salvación de las criaturas que tiemblan.)

ABUELA ¡Pobre hijo mío!... (Empieza a contar las cuentas del rosario.)

PEREGRI. ¿Qué hace abuela?...

ABUELA Rezar por él... (Señalando al padre.)

PEREGRI. Yo la acompañaré... Recemos...

*ABUELA Y PEREGRINO Creo en Dios padre, todo-
*poderoso, criador del cielo, y de la tie-
*rra, y en Jesucristo... (Siguen rezando por lo
*bajo, produciendo un ruido semejante al de un gran
moscardón que batiese las alas. La joven contempla penosamente al pájaro. La madre solloza. El perro gruñe... Por la ventana se ve la negra silueta de la cruz que se mece. El padre levanta lentamente la cabeza y fija los ojos en sus hijos; sus pupilas quedan inmóviles sobre las criaturas como si quisiese calentarlas con ellas... Luego las aparta y las deja vagar por la estancia, tal que si buscase algo que no encuentra... El viento brama fuera... Los ojos del padre se detienen sobre el hacha que cuelga en la pared; luego se apartan de ella y miran a la ventana, tras de la que se mece la cruz... El padre la contempla... Su rostro parece animarse; una extraña expresión se aboceta en él; de sus labios sale una exclamación.) ¡Ah!. (Nadie le observa. Lentamente se levanta y se dirige silencioso al muro donde reluce el hacha... La descuelga y la aprieta nervioso entre sus manos; luego se dirige a la puerta; abre con sigilo. Los goznes de la puerta chirrían; al oirlos dice, levantando la cabeza.)

MADRE ¿Dónde vas, Juan?

PADRE Espera... (Sale y entorna.)

ABUELA ¿Quién salió?

MADRE Juan...

ABUELA ¿Dónde fué?

MADRE Lo ignoro... (Se oyen unos golpes secos, monirrítmicos.)

PEREGRI. ¿Qué es eso?

MADRE Lo ignoro.

ABUELA Parece que dan golpes con un hacha....

MADRE ¿Con un hacha? (Involuntariamente dirige los ojos donde estaba colgada el arma.) ¿Dónde está el hacha? Se la ha llevado Juan.

ABUELA ¿Para qué?...

MADRE ¿Acaso...?

ABUELA ¿Qué pensaste? Sigue... Acaso dijiste... ¡Ah! Será...

MADRE ¡La cruz!

ABUELA ¡La cruz!...

PEREGRI. ¿Cómo? ¿Quieren decir que...? No; no es posible... No puede ser... Hay que evitarlo... (Va hacia la puerta. En este momento se ve por la ventana caer el simbólico madero. En seguida se oye el golpe de algo grande que da contra la tierra. El peregrino se detiene.) ¿Eh?

MADRE
ABUELA } ¡La cruz!

PADRE (Empuja la puerta y aparece. En sus pupilas brilla el júbilo. Tira el hacha al interior y grita:) ¡Ya encontré leña! (Entra arrastrando un largo pedazo de madera.)

PEREGRI. ¿Qué hizo?

MADRE
ABUELA } ¡La cruz!...

PADRE La cruz, sí. (Con el hacha comienza a hacer astillas y a colocarlas en montón.)

PEREGRI. ¿Será capaz...?

PADRE Véalo. (Enciende las astillas.)

LA JOVEN ¡Mi pájaro murióse; por algo León aullaba!...

PADRE Desplúmalo; te lo asaremos a la lumbre. Calentaos, hijos, calentaos... (Los niños se acercan lentamente al fuego. La madre queda cerca de él. El peregrino se arrodilla. La abuela queda alejada medrosamente.)

ABUELA ¡La cruz espanta brujas!

PEREGRI. ¡La cruz...!

MADRE ¡La cruz!

PADRE ¡Para lo que servía!...

*LA JOVEN ¡Pobre jilguero, y qué estendías se le *han quedao las alas!*

FIN

Precio: UNA peseta